

UNAS NOTAS CON ALGUNAS REFLEXIONES RESPECTO A LA PSICOLOGIA DE LA PERSONALIDAD Y TERAPIAS-INTERVENCIONES CIENTIFICO-PSICOLOGICAS.

Vicente Pelechano.

Departamento de Personalidad, Evaluación y Tratamientos Psicológicos.
UNIVERSIDAD DE LA LAGUNA (TENERIFE).

Resumen.

Se revisan una serie de conceptos básicos sobre evaluación y modelos teóricos en psicología clínica y en las terapias psicológicas. En opinión del autor, la psicología de la personalidad de nuestros días, se presenta como un puente de unión entre la psicopatología, las psicoterapias y la psicología científica. Permite un conocimiento integrado sobre el funcionamiento psicológico humano individual y grupal. Muchas novedades bibliográficas en psicología clínica, medicina comportamental y psicología de la salud, de hecho son refundiciones, a sabiendas o sin saberlo, de modelos y resultados de los años cuarenta y cincuenta de este siglo, de modo que podría ser muy útil un planteamiento histórico sobre psicología de la personalidad, en el curriculum de los psicólogos clínicos y de la salud como especialistas que están comenzando a formarse en nuestras universidades.

Summary

Contemporary methodological topics on assessment and theoretical issues on models and therapeutic interventions in psychology are revisited. Contemporary personality psychology let us bridge the differences among psychopathology, psychotherapies and scientific psychology. It permits a theoretical integrated knowledge on human psychological functioning for individuals and groups. Many "news" in literature on clinical psychology, behavioral medicine and health psychology are, in fact, revivals of old theories and models on personality. So, a historical approach to personality can be a very useful tool for curriculum development of clinical and health psychologists.

Desde hace años vienen publicándose algunos trabajos dentro del mundo de la clínica psicológica y de la psicología de la salud que, aunque un tanto dubitativos en cuanto a creencia de los autores en su utilidad, poco numerosos en cuanto a cuantía, no especialmente representativos en cuanto a “excelencia” y “pertenencia” escolar de sus autores y con abundantes notas justificacionistas acerca de la “necesidad” (los menos) o “conveniencia” (los más) de inclusión de la psicología de la personalidad en la praxis clínica y de la salud, han ido creando una atmósfera mucho más receptiva acerca de la psicología de la personalidad, dentro de la clínica psicológica y de la psicología de la salud que la que existía hace, tan solo, una década. Las líneas que siguen, sin ninguna ambición, pretenden centrar y/o llamar la atención de autores y profesionales preocupados por el tema, sobre algunos puntos que no han estado suficientemente representados en los trabajos publicados y formaría parte de un trabajo más extenso en el que se encuentra comprometido el autor desde hace ya unos años (1). A sabiendas, con todo, que nada va a resolver de manera definitiva (ni tan siquiera, mucho se teme, provisional). El autor de este trabajo viene pensando desde hace ya algunos años (más de diez) que no hay muchas cosas nuevas dentro de la psicología científica a nivel conceptual, y que bien merecería la pena tomar en consideración algunos elementos que parecen invariantes desde hace ya cierto tiempo, dentro del cuerpo de conocimientos psicológicos, con el fin de potenciar, a partir de ellos, una perspectiva, en parte distinta y un tanto más homogénea de las que reflejan, en la actualidad, las revistas especializadas. En ese ánimo y sentir se mueven las líneas que siguen.

1. Una primera nota precautoria sobre “científico” en psicología.

La antigua dicotomía entre ciencias de la naturaleza (*Naturwissenschaften*) y ciencias del espíritu (*Geistigeswissenschaften*) que enfrentó a Ebbinghaus con Dilthey hace ya cien años y que representaba una conceptualización diferencial de la psicología (para el primero, como una ciencia natural y para el segundo como una ciencia histórica) con una metodología asimismo diferente (hipótesis frente descripción) y con un objetivo distinto (explicación predicción naturalista frente a comprensión de los fenómenos humanos) se ha ido vistiendo con ropajes distintos a lo largo de esta centuria sin que se haya resuelto el problema definitivamente. La opción naturalista se ha ido desarrollando para dar lugar a un cuerpo de conocimientos (*Kenntnisse*) mientras que la segunda ha ido decantándose hacia el logro de una sabiduría de vida (*Weisheit*). Una de las polémicas que se encontraban presentes entre ambos acercamientos, se ocupaba del conocimiento del individuo y dió lugar a una primera dicotomía entre acercamientos nomotéticos

(grupales) e idiográficos (individuales); esta dicotomía se intentó resolver a base de que ambas posiciones intentaron "totalizar" el campo, en el sentido de que, desde los acercamientos comprensivos se ofrecieron "descripciones con sentido" de los grupos y, desde los naturalistas, métodos, procedimientos, técnicas y explicaciones de la psicología del individuo (el denominado análisis funcional de conducta es una opción, aunque no la única desde esta perspectiva). Un grave peligro que corría el acercamiento naturalista era el de caer en un cuantitativismo desvertebrado, en el que se redujera o eliminara todo aquello que, en cada momento histórico o contexto sociocultural, no fuese susceptible de ser convertido en número; de manera similar en el otro acercamiento, la carencia de una normativa universalmente aceptada para el logro de esas "comprensiones", llevó a la formulación de teorizaciones metafóricas sin la mínima apoyatura empírica compartida por más personas, que el teórico en cuestión.

Una de las últimas formulaciones de estas dos opciones que acabamos de mencionar, vestida con ropajes distintos y habiendo acercado posiciones en cuanto a algunos aspectos metodológicos, es la dicotomía entre acercamientos cuantitativos y cualitativos, en psicología en especial y en las denominadas "ciencias sociales" en general. Este acercamiento metodológico no lleva aparejado desde luego, ni un intento de fusión, ni un posicionamiento teórico común. Antes al contrario. La proclamación de puentes de unión entre ambos acercamientos representa, en la actualidad, más que puentes de fusión, de confusión. Como ilustración al respecto puede servir la distinta idea de "objetividad" que se manejan en ambos acercamientos.

Por lo que se refiere al cuantitativismo, la objetividad científica se consigue con la adscripción de los procedimientos y métodos utilizados a las reglas del método científico que, al menos, desde Galileo, viene aceptándose en la comunidad científica: el grado de objetividad y de "cientismo" se logra mediante la comparación del discurso seguido por uno o varios científicos con estas reglas. Esta comparación permite la aceptación o rechazo, tanto de una hipótesis de trabajo, como la oferta de evidencia directa o indirecta, relevante, para un modelo de funcionamiento psicológico.

En el acercamiento cualitativista el asunto discurre de otra manera. La objetividad no se mide de esa manera "impersonal", sino mediante el consenso de autores-participantes o autores y participantes en la toma de decisiones acerca de la "naturaleza" del fenómeno a estudiar, así como de las soluciones que deben adoptarse para la erradicación del problema. Validez aparente de las explicaciones ofrecidas y aceptadas; validez social de los modelos, procedimientos y resultados; situacionismo en la toma de decisiones y la imposición de las decisiones de las mayoría representan elementos a considerar a la hora de ofrecer una valoración de todo ello. Detrás, y como un elemento justificacionista clave, se encuentra la fe en el poder de la razón y el poder que la razón del ser humano posee para la solución de sus pro-

prios problemas; y junto a todo ello, un igualitarismo intraespecífico, en cuanto a capacidad de análisis y aceptación de las soluciones por parte de todos los ciudadanos a los que, de una manera u otra, atañe el problema.

No creemos que el acercamiento cuantitativo sea algo desvertebrado ni inhumano. Lo que representa el método científico resulta suficientemente flexible como para que quepan opciones cuantitativas muy diferenciadas; en la actualidad, con el fin de evitar y/o no fomentar confusionismos estériles, nuestro punto de vista es que lo que ha venido denominándose acercamiento científico tiene un origen en la ciencia natural y, al menos que se ofrezca una alternativa, igualmente poderosa a este naturalismo (con todas las cualificaciones que sean necesarias) debería restringirse el calificativo de científico a la opción cuantitativista (extensiva o intensiva, que eso es posible ya desde hace algunos decenios). Aprovechar las connotaciones y prestigio que el calificativo de "científico" posee en la actualidad para insertar prácticas no científicas resulta, cuanto menos, inadecuado y representa aumentar la confusión en una parcela del conocer que, como la psicología, ya posee, dentro de sí, suficiente complejidad y confusión. De otra manera, la psicología en general y la psicología de la personalidad en particular, se convierten en un inventario de opiniones de "notables" que no por ser meritorias e incluso "verdaderas", pasan, automáticamente, a ser científicas.

Lo que acaba de mencionarse respecto de la psicología de la personalidad adquiere una importancia mayor, si cabe, en el caso de la clínica psicológica y la psicología de la salud. Bien es verdad que, dentro de la psicología clínica, se dice de antiguo que la experiencia clínica es importante. Y creemos que lo es. Pero ello no debe hacer olvidar que las cuestiones deben enfocarse desde un punto de vista científico tal y como éste ha sido delimitado más arriba. El acento en la investigación y en el incremento de conocimientos científicos no hace, desde este punto de vista, menos eficaz la acción profesional, antes al contrario. La "experiencia clínica" debería estar científicamente guiada con el fin de convertirla en una verdadera "experiencia científica".

2. Una segunda nota precautoria acerca de un decurso histórico sobre personalidad y una toma de posición.

Entre los múltiples orígenes e influencias que la psicología de la personalidad contemporánea posee, no cabe duda alguna que ha ejercido una influencia notoria la tradición médica en general y psicopatológica en especial. Muchos conceptos e incluso instrumentos de evaluación y modelos teóricos han sido gestados a partir de conceptos y elementos que se encontraban pre-

sentes dentro de la medicina y de la biología: ansiedad, introversión, tipologías de corte constitucional, inteligencia biológica, adaptación, ajuste personal... son algunos ejemplos de todo ello.

No deja por ello de resultar extraño que se hayan encontrado demasiados testimonios, en los últimos cuarenta años, de que terapias que se han calificado como "científicas" dentro de la psicología hayan negado su compromiso con la psicología de la personalidad (también resulta curioso, cuanto menos, que estas mismas terapias hayan negado la existencia de la personalidad y hayan pretendido arruinarla). En la medida que todo acercamiento de terapia psicológica pretende modificar algo, debe elegir medidas de otros aspectos que se mantienen invariantes (de otra manera, como el movimiento, la demostración de su existencia es imposible); en la medida, además, que se pretendan alcanzar resultados de generalización de efectos de los tratamientos ¿cómo detectarlos sin la referencia a otros aspectos que deben ser más invariantes? Por otra parte, por lo que se refiere a la consolidación de efectos ¿resulta igualmente fácil y/o difícil el logro de un cambio en cualesquiera parcelas del funcionamiento psicológico?. Si no resulta igualmente fácil ¿existen interacciones entre las distintas partes?. Estas interacciones, por lo demás ¿no generan una estructura que requiera metodología, instrumentación y recursos de análisis estructurales? ¿Acaso a esta estructura no se le ha llamado, tradicionalmente, "personalidad"? El estudio científico del cambio, de los efectos directos-generalizables de la intervención así como de sus efectos indirectos y de consolidación exige la toma en consideración de variables tradicionalmente adscritas a la psicología de la personalidad.

Bien es verdad que la psicología de la personalidad se ha presentado como una especialidad difícil y que se ha tendido a confundir, tal y como se ha puesto de manifiesto más arriba, con las opiniones-teorías de la personalidad, con escasa base experimental y con un desigual valor literario. Una vez reconocida esa limitación, hay que decir a continuación que existen aportaciones lo suficientemente sustanciosas como para formar un considerable cuerpo de conocimientos útiles, tanto científica como clínicamente, aunque para ello se exija que el psicólogo clínico y de la salud tenga una preparación un tanto más seria y científica de la que goza en la actualidad.

Dentro de la tradición científica en la psicología de la personalidad, tanto los acercamientos nomotéticos como los idiográficos han tenido cabida a nivel metodológico y desde la óptica que defendíamos más arriba. Bien es verdad, sin embargo, que se ha asimilado la psicología de la personalidad con el estudio de los rasgos y, en más de una ocasión, se ha identificado el rasgo con un acercamiento endogenista, no interactivo e incluso negador de la importancia que lo social desempeña en la conformación y dinámica psicológica del ser humano.

Repárese que se ha escrito el último párrafo de manera impersonal. No se ha descrito que así haya sido la formulación de la psicología de la personalidad sino que, de esta manera se ha entendido. A nivel de análisis historiográfico en la psicología de la personalidad no resulta fácil encontrar un teórico de los rasgos que defienda la conceptualización que de ellos se ha hecho unas líneas más arriba. Las características que se han apuntado representan críticas formuladas a los rasgos por parte de sus detractores (que tampoco parecen haberlos entendido correctamente). A nivel anecdótico hay que recordar aquí que G. W. Allport ha sido criticado por los denominados "interaccionistas" utilizando los mismos argumentos y, a veces hasta las mismas palabras que Allport utilizaba para criticar a sus enemigos.

En nuestro caso, entendemos que un rasgo es un patrón de covariación comportamental, tradicionalmente empleado para el estudio de la conducta de las personas y que, en la actualidad, todavía no posee un concepto de recambio que sea tanto o más potente que él. Pensamos que los rasgos en psicología, todavía pueden dar mucho de sí, aunque no agotan el campo de estudio de la psicología de la personalidad.

Los rasgos, ni se presentan con la misma claridad en todos los humanos, ni en todos ellos poseen la misma potencia explicativa. Hay rasgos que se encuentran presentes en todos los seres humanos y otros que no; asimismo se diferencian entre sí por el grado de consolidación que posean desde una invariabilidad considerable (muy difíciles de modificar) hasta de una gran modificabilidad. En ningún caso deberían entenderse como elementos "intra-sujeto" sin contacto alguno con la realidad psicosocial y, más aún, a la hora de ofrecer una psicología de la personalidad contemporánea y científica deberían de tenerse muy en cuenta las estimaciones acerca de los contextos, culturas e historias tanto individuales como grupales y colectivas. Es en la relación entre todos estos tipos de variables en donde se realiza la acción humana. Cada uno de los tipos apuntados de variables, posee una relevancia especial para determinadas condiciones y la tarea del psicólogo experimental consiste, fundamentalmente, en recoger la evidencia empírica demostrativa del peso y relación de estas variables (la del teórico, en ofrecer modelos explicativos de los resultados alcanzados en cada momento). En este sentido, no es que la psicología de la personalidad no sea relevante para los aspectos terapéuticos y de psicología de la salud: simplemente que debe ser completada con otros tipos de conocimientos. Su incompletud no representa irrelevancia, aunque tampoco facilidad de intelección. Su erradicación de la clínica psicológica no ha beneficiado a la clínica misma y a ella está volviendo después de casi cuatro décadas de olvido, en la medida en que la clínica psicológica se ha comenzado a ocupar seriamente de estudiar los efectos de los tratamientos, ampliación de problemas a tratar, complejidad de las alteraciones estudiadas, consolidación de los efectos terapéuticos y generalización de los mismos.

3. - Una tercera nota precautoria acerca de la evaluación psicológica y los exclusivismos.

La terapia y/o modificación de conducta surgió, de manera casi contemporánea, como una alternativa de tratamiento psicológico y como una opción de evaluación psicológica. Se presentó como "la" alternativa que iba a arrumbar definitivamente con las escuelas existentes a mitad de este siglo. Ya casi al final de él, la verdad es que no arrumbó ni hizo desaparecer ninguna alternativa de las existentes hace medio siglo sino que, más bien, ha fomentado, evolucionando, la aparición de otras tantas a las anteriormente existentes. Por lo que se refiere a la evaluación, se pasó de una actitud si no belicosa sí, al menos, beligerante de ambientalismo y observabilidad directa radical, a otra de "comprensiva" tolerancia, para terminar siendo una parte más, de una alternativa más, de entre todas las existentes. El análisis funcional de conducta, con su impronta skinneriana, pretendía reducir todo tipo de acción humana a contingencia ambiental (lo que no deja de ser un aliciente metodológico y hasta un posicionamiento de fé epistemológica), toda invarianza comportamental a hábitos de conducta y toda conducta y estado patológico a una carencia de aprendizaje. Lo que no era directamente observable se hacía pronto sospechoso de "mentalismo" y las observaciones que no derivaban, de inmediato, en una praxis psicológica de intervención, se hacían pronto sospechosas de inutilidad (en el funcionalismo imperante al respecto, lo verdadero debía ser, *eo ipso*, útil y con un pragmatismo inmediato).

Las aportaciones de este modo de pensar han sido muchas y, creemos, que todavía no se han agotado. Sin embargo, ello no quiere decir que este posicionamiento sea el único defendible científicamente. De hecho, muchas de las afirmaciones anteriores se convirtieron más que en realidades científicas cumplidas y demostradas, en **desideratas** que podrían ser o no verdad, que no eran susceptibles de demostración empírica y que ofrecían un marco cientista más futurista que realista. Así y todo, en evaluación y posiblemente debido a una necesidad didáctica, se ofreció un "modelo funcional nuevo" frente al "modelo tradicional de tests". Comparaciones y dicotomizaciones que han llenado muchas páginas publicadas en sesudas revistas y manuales.

Ambos acercamientos parecían irreductibles. Más de un profesor, incluso hasta fechas recientes, ha estado defendiendo, casi a mandoblazos verbo-científicos, la irreductibilidad y exclusivismos de ambas posiciones. Estructura se oponía a función, observación directa a inferencia, criterios claros frente a disoluciones criteriosales en vaguedades, operacionalización clara frente a fárrago terminológico oscurantista. Hace ya más de una década que el autor de estas líneas andaba ocupado en una guerrilla particular en contra de estos maniqueísmos, la verdad, con un éxito muy escaso.

En el último lustro, sin embargo, parece que se abrió una brecha de unión, a medida que los problemas a estudiar, en el análisis funcional han devenido más complejos. Existe evidencia experimental suficiente como para demostrar que, en más de una parcela comportamental (la valoración de contextos, por ejemplo), la utilización de medidas indirectas de rememoración, de evaluación retrospectiva de los contextos ofrece una información más relevante que la observación y registro directo e inmediato de esos mismos contextos; que los observadores poseen tantos sesgos como los observados a la hora de recoger información relevante; que las unidades de análisis deben ser un tanto más amplias que las "muestras de conducta cada 30 segundos" con técnicas de observación en ráfaga dentro del aula; que en ocasiones, como en la terapia de parejas, resulta tan importante lo que no se dice que lo que se dice (los códigos implícitos) y que el denominado diseño de $N = 1$ de lo que trata, realmente, es de la recogida de muestras comportamentales en ocasiones distintas, siendo irrelevante para el diseño que se trate de uno o varios sujetos (puesto que el sujeto, como tal, no se encuentra tematizado en tales diseños); incluso, a nivel operativo, en dos experimentos de larga duración hemos demostrado que es posible un aprendizaje de tareas complejas sin refuerzo (ni feedback informativo).

Al estudio de problemas tan complejos como las obsesiones, alteraciones esquizofrénicas, inserción social de pacientes psiquiátricos, toxicomanías, alcoholismo, delincuencia, intervenciones con ancianos, integración social de deficientes mentales, rehabilitación de ataques cerebrales o isquemia de miocardio, por tener algunos ejemplos, exige la toma en consideración de tipos de información muy distinta, utilización de criterios no totalmente operacinalizados y procedimientos de evaluación complejos en los que tanto la autoobservación como la heteroobservación, estimación y hasta la expectativa de los cambios de valores pueden desempeñar papeles muy importantes. Frente al exclusivismo polemista de enfrentamiento de la evaluación comportamental y/o análisis funcional frente a la evaluación tradicional, creemos que debería defenderse, cada vez con más fuerza, la evaluación psicológica en donde caben estos y otros acercamientos.

Repárese que esta posición que defendemos no significa un eclecticismo. Representa una actitud en la que se defiende la utilización de metodologías científicas para estudiar científicamente los problemas. Y si los problemas son lo suficientemente complejos como para exigir modelos de evaluación distintos, distintos modelos y técnicas de evaluación deben utilizarse. En un programa de intervención en el que deban recogerse informaciones acerca de modos y maneras de entender los sistemas de creencias de un individuo, así como conductas de grupos (a nivel, por ejemplo, de la familia), resulta irresponsable científica y profesionalmente, atarse solamente a un análisis funcional de las contingencias de refuerzo a nivel individual.

El que deban utilizarse modelos metodológicos distintos dentro de un

acercamiento científico no repugna a la ciencia. Resulta una constatación fáctica que el estudio de parcelas científicas distintas puede exigir metodologías distintas y hasta modelos teóricos distintos (en la misma física ocurre tal cosa). En la medida en que los psicólogos deseemos utilizar la ciencia para resolver los problemas psicológicos, esa pluralidad de modelos, métodos y procedimientos no resultaría extraño. Y su negación (usualmente, por razones de "escuela" pueden resultar un acicate para la investigación, pero, incluso para esa investigación, ni siquiera la única manera de realizarla. Un ejercicio en tolerancia personal y científica, acompañado de una alta exigencia personal y considerable capacidad de trabajo e ilusión resultan ingredientes que suelen acompañar las tolerancias dentro de la ciencia (junto a las intolerancias con los manipuladores de esa ciencia).

4. Una cuarta nota precautoria acerca del papel de la psicología de la personalidad en los acercamientos de intervención-terapéuticos.

En una primera consideración, tres son las maneras en las que la psicología de la personalidad se ha utilizado y/o se está utilizando en la intervención psicológica (clínica y/o social). La primera es como justificadora de las prácticas de intervención, la segunda como criterios de efectos alcanzados en las intervenciones y la tercera, como inspiradora de la praxis psicológica. No todas ellas poseen la misma amplitud, ni difusión, ni aceptación.

4. 1. La personalidad como justificadora de prácticas, técnicas y procedimientos de intervención-terapéuticos.

Probablemente este ha sido el primer tipo de utilización de la psicología de la personalidad en la praxis clínica. La doctrina médica humoral suponía la existencia de un equilibrio entre los cuatro fluidos y la enfermedad era considerada como un desequilibrio. La acción terapéutica se restringía al restablecimiento del equilibrio perdido y, este fin perseguido justificaba y daba razón de las prácticas terapéuticas.

Muy probablemente este tipo de conceptualización de la personalidad ha sido el que ha estado presente en la mayoría de los acercamientos terapéuticos no científicos. De esta manera, en el psicoanálisis o la fenomenología, una determinada teoría acerca de la naturaleza humana (una teoría general de la personalidad) ha sido el fermento de la manera concreta de estudiar los problemas psicopatológicos que se presentaban. Estos estudios, a su vez, perfilaron, afinaron y/o sesgaron la teoría original hacia otros derroteros, de los que se prevenían en un principio. Este *feedback* informati-

vo, desgraciadamente, no fue dado siguiendo los cánones de ciencia y los resultados alcanzados en ambos casos no han pasado de ser intuiciones expresadas de manera más o menos metafórica y con una calidad literaria dispar, aunque aceptable. Metáforas y calidades literarias que son, por supuesto, irrelevantes desde un punto de vista científico. Por otra parte, las intuiciones valiosas, sin duda, de que las obras están plagadas, poseen una considerable restricción al haber sido realizadas sobre una población escasa y con los sesgos esperables dada la psicopatología que les era característica.

4. 2. Indicadores de personalidad como indicadores de eficacia en la intervención.

En un segundo momento, los instrumentos al uso en la psicología de la personalidad (cuestionarios fundamentalmente, aunque también tests) fueron utilizados como criterios de eficacia terapéutica. La lógica seguida en este caso era bastante clara: en la medida en que, tanto en el análisis intraindividual como en el análisis de grupos, las puntuaciones de los cuestionarios de personalidad correspondían a puntuaciones normativas de grupos "normales", una puntuación diferente de esa normativa representaba indicador de "patología" y, por lo que se refiere a la puntuación final en ese tipo de instrumentación al terminar la terapia psicológica, debería ser indistinguible de la puntuación obtenida por la población "normal". A la vez, la instrumentación derivada de la psicología de la personalidad debía servir como indicador diagnóstico y como criterio valorador de la eficacia terapéutica.

El caso fue, sin embargo, que los resultados que se obtuvieron con la aplicación de esta lógica descrita fueron menos espectaculares de lo que se esperaba: no había relación entre el "psicodiagnóstico" y el tratamiento (tampoco entre aquél y el pronóstico); la relación entre éxito terapéutico y puntuaciones en personalidad, hasta la mitad de este siglo era, a lo sumo, "estadísticamente significativa" aunque clínicamente irrelevante, en las mayoría de los estudios.

También es verdad que existían razones para ello: los instrumentos más utilizados o eran fruto de análisis sintomatológico un tanto desvertebrado (como el inventario de Minnesota, MMPI), o de análisis lingüístico sin excesivos controles ni depuraciones (como el cuestionario de Cattell, el 16 PF), o de análisis parcial del pensamiento constitucionalista europeo (como los sucesivos cuestionarios del profesor H. J. Eysenck, MMQ, MPI, EPI), o se encontraban elaborados sobre teorías escasamente contrastadas y eran instrumentos más escasamente validados (como el *California Personality Inventory*, CPI o el *Edwards Preference Schedule*, EPQ que se asentaban sobre las intuiciones poco elaboradas y menos confirmadas de H. Murray y su grupo de Harvard). Lo milagroso, ante este estado de hechos, era que realmente,

los instrumentos al uso se utilizaran como criterios de eficacia y se tuviera éxito en la elección y contrastación.

No hace mucho tiempo se ha venido defendiendo la idea de que, por la forma de extracción de los ítems, así como por las condiciones de aplicación, las puntuaciones obtenidas en los cuestionarios de personalidad y en los tests de personalidad cubren la conducta de las personas normales en condiciones normal-cotidianas o casi cotidianas pero que se encuentran alejadas de la significación que poseen las entidades nosológicas. Así, vaya por caso, la "depresión" o la "ansiedad" evaluadas mediante cuestionarios, poco tendrían que ver con los problemas con los que un paciente depresivo o angustiado se encuentra. Mientras esta opinión representaría una fuerte llamada de atención a la interpretación ingenua de las puntuaciones de los cuestionarios como indicadores de psicopatología, dejaría sin tocar el valor que esta instrumentación posee como criterio de eficacia terapéutica. Ello, claro está, en la medida en que la instrumentación utilizada posea ciertas garantías científicas, entre las cuales se deben encontrar respuestas a cuestiones acerca de su fiabilidad (consistencia interna y estabilidad temporal), validez en sus distintos tipos, viabilidad de aplicación, relevancia para los objetivos terapéuticos perseguidos y conocimiento adecuado de personalidad por parte de los evaluadores-interpretadores de las puntuaciones alcanzadas en los mismos.

Una idea más, antes de pasar a otro tema: al igual que en el estudio científico de la personalidad habría que diferenciar entre predicción y generalización, en este caso debería diferenciarse entre estudio de eficacia y generalización de efectos. Veamos: las intervenciones psicológicas no actúan todas a un mismo nivel de consolidación-generalización de procesos-dimensiones psicológicas, ni a un mismo nivel se encuentran los instrumentos de evaluación. De esta manera, la eficacia (al igual que la predicción) debería utilizarse para referirnos a indicadores de cambio que se encontrarán situados al mismo nivel que la acción terapéutica, toda vez que la generalización se refiere a efectos alcanzados en otras áreas y niveles de consolidación distintos a los directamente tratados. Así, por ejemplo, un programa encaminado a eliminar una fobia debería ser valorado en cuanto a eficacia por instrumentación que evaluara acciones, expectativas, imaginaciones, pensamientos, emociones y sentimientos aparejados con la fobia, en concreto, que ha sido tratada. Desde aquí el aparato evaluador debería irse ampliando en extensión tanto hacia la reactividad situacional en parcelas psicológicas poco o nada comprometidas con el funcionamiento fóbico, como hacia elementos prácticamente invariantes, con gran estabilidad temporal y de generalización transituacional (dimensiones básicas) escasamente relevantes directamente, para el funcionamiento fóbico. Somos conscientes de que este tipo de instrumentación no se encuentra en el mercado. Sin embargo, hay que decir que cuando hemos aplicado esta lógica, a casos concretos, los resultados han sido

altamente positivos, más claros y con posibilidad de ofrecer vías de intervención más claras y eficaces que las utilizadas y aplicadas hasta el momento.

4. 3. La psicología de la personalidad como inspiradora de la praxis de intervención.

Cabe una tercera posición, al menos, en el planteamiento del análisis entre personalidad y praxis de intervención-terapéutica: en la medida en que, aunque parcial, se dispusiese de un modelo científico del funcionamiento personal, multidimensional, complejo y susceptible de estudiar experimentalmente tanto la estructura como la dinámica de la personalidad, desde él se podrían derivar tanto instrumentaciones adecuadas para cada caso, como los procedimientos (o menú de procedimientos) más adecuados para cada ocasión.

En ausencia de ello, sin embargo, entre las sugerencias que podrían hacerse se encuentran la de ir elaborando instrumentación de acuerdo con las ideas expresadas, así como reinterpretando la instrumentación existente en función del grado de pertenencia, consolidación, amplitud del referente, del contenido del ítem y relación con los otros que componen un factor en cuestión. Para el grado de pertinencia se comienza con un análisis de contenido, la consolidación mediante test-retest, la amplitud de contenido mediante análisis racional y coeficientes de generalización transituacional y la relación con otros ítems, mediante coeficientes simples de correlación en una ocasión y en ocasiones-situaciones distintas.

5. La personalidad y el abecedario: la moda de las “personalidades alfabéticas”.

Desde hace aproximadamente dos décadas vienen poblando las publicaciones psicológicas una serie de propuestas que arrancan, precisamente de la antes denominada “medicina comportamental” y después, rebautizada, ampliada, renovada y refundida “psicología de la salud”. La primera en aparecer fue la “personalidad tipo A”, referida a la detección precoz para su posible tratamiento preventivo de los infartos de miocardio. A esta primera delimitación siguió la B (con claros componentes depresivos), después, la C (la posible deimitación de la “personalidad del canceroso”)...

Ocurre sin embargo que, como ha ocurrido ya antes, la novedad y el sensacionalismo científico de “descubrimientos revolucionarios” ha dado paso a un escepticismo un tanto radicalizado y, pasado ya más tiempo, a una desconfianza y recelo hacia la psicología de la personalidad que, desgraciadamente, no se halla falto de justificación.

En primer lugar, que desgraciadamente, los creadores-descubridores-acuñaadores de estas expresiones alfabéticas no han sido escolarmente, académicos que hayan cuajado su carrera científica en la psicología de la personalidad, sino en la praxis clínica y/o de salud. Lo que aventajan en cercanía de los problemas tal y como éstos son planteados por los pacientes, lo pierden (y mucho) en cuanto se trata de análisis experimental, diseño, establecimiento de criterios, metodología de análisis, anclajes de teoría y de resultados similares alcanzados con otras poblaciones y, en suma, de “caché” científico.

Existe una escasa relación (y desgraciadamente la relación disminuye día a día) entre el científico académico y el profesional; la búsqueda de recetas pragmáticas de valor universal, aparte de su imposibilidad, resulta en claro detrimento del conocimiento verdaderamente útil y susceptible de generalización.

Por otra parte, esas personalidades de abecedario, aunque nuevas en su formulación, resultan viejas en cuanto conceptualización. Así, vaya por caso, va de viejo el intento por encontrar la “personalidad” epiléptica, o del delincuente, o del terrorista, o del adicto... Intentos meritorios que, por lo demás, se vieron pronto abocados al fracaso o, a lo sumo, encontraron resultados sugerentes aunque nunca definitivos. Entre otras cosas, posiblemente, por la carencia de una teoría adecuada en la que los contextos de vida, junto a dimensiones de personalidad y otras variables de índole más social, desempeñaran un papel importante y activo, así como los recursos-apoyo de estrategias de dominio ante situaciones estresantes.

En suma: los intentos de tipificar “personalidades” resulta meritorio aunque se encuentra condenado al fracaso, en la medida en que no se encuentra guiado por teorías fuertes y poderosas de psicología de la personalidad y las investigaciones sean llevadas a cabo por personas más preocupadas y caracterizadas por la aplicabilidad profesional que por la calidad científica.

6. Una reflexión acerca de la clínica, la personalidad, el individuo y los colectivos diferenciales.

En la actualidad, resulta muy difícil mantener justificadamente que la psicología de la personalidad pueda tener un cierto interés para el estudio descriptivo de los colectivos, pero que nada concreto puede derivarse de ella a la hora de enfrentarse al estudio de un caso individual, como parece tradicional dentro de la clínica psicológica. Incluso dejando a parte los distintos acercamientos idiográficos, de antiguo, los acercamientos nomotéticos (grupales) insertan al individuo dentro de su retículo categorial como un conjunto de puntuaciones dentro de un espacio de n-dimensiones. La diferencia entre individuos se manifiesta tanto en las puntuaciones alcanzadas en

los distintos indicadores, como en la relación (estructura) que estas puntuaciones posean entre sí. Otra cosa es aceptar si eso es o no relevante suficiente para la elaboración de un acercamiento clínico científico que permita elaborar y justificar las terapias psicológicas, así como hacerlas más eficaces.

Dada la enorme complejidad y variedad de los tipos de problemas que la clínica psicológica se ocupa en la actualidad, creemos que la psicología de la personalidad aporta un innegable bagaje de conocimientos acerca de modos de interacción y de relación del individuo con su entorno inmediato y, por ello, debería ser tomado muy en cuenta por el clínico. Ofrece, además, modelos científicos muy dispares entre sí, lo que permite elegir aquél más adecuado y "cercano" al tipo de problema que debe estudiarse en cada caso. Pero obviamente, la psicología de la personalidad no se confunde con ninguna forma terapéutica específica, ni se identifica con alguna de las más de doscientas inventariadas. En la medida en que la personalidad se estudie científicamente, se aleja y deja de lado a los acercamientos terapéuticos no científicos. Puede servir de elemento de contraste respecto a la eficacia diferencial entre varios acercamientos y permite detectar cuál de ellos parece más útil y se acerca más a los objetivos perseguidos puesto que ofrece, un marco general de evaluación y valoración respecto a la eficacia terapéutica.

Más aún, la psicología de la personalidad, al representar una seria llamada de atención acerca de la importancia que una cierta operacionalización de la psicología del individuo posee en la elaboración, muestra y detección de las acciones psicopatológicas, representa una crítica frontal de los acercamientos e interpretaciones sociologistas, en las que el individuo se diluye en categorizaciones tan vacías de contenido psicológico como clase social, nivel ocupacional, estructura social o fuerzas culturales. En suma, la psicología de la personalidad podría representar una pieza fundamental sobre la que asentar tanto una nueva patología psicológica como un marco justificativo de las terapias psicológicas. El hecho de que exista más de un modelo científico en personalidad, tal y como se ha constatado más arriba, no es óbice para su tratamiento científico.

En el nivel de conocimientos actualmente existente de personalidad, resulta un tipo de especialidad que, aunque difícil, permite ofrecer modelos de análisis tanto individuales como colectivos, lo que representaría, además, la posibilidad de ofrecer un marco teórico coherente o semi-coherente al menos, al tipo de psicología que se ocupa de campañas de intervención para grupos de alto riesgo y/o que viven en situaciones de alto riesgo. Lo que acaba de ser dicho no representaría un punto de llegada, sino que lo entendemos como uno de los puntos de partida a la hora de la elaboración y revisión teórica tanto de la psicología de la personalidad como de la clínica, de la medicina comportamental y/o más amplia, aún, de la psicología de la salud.

7. Un comentario sobre psicología de la personalidad y psicología de la salud.

Entendida la psicología de la personalidad como hemos venido defendiendo en la segunda parte de este trabajo (patrones de interacción entre individuos y de éstos con el ambiente físico y social), la personalidad aparece como un elemento clave en la conformación e integración de los resultados, modos operativos y valoración de eficacia en respuesta a las distintas campañas individuales y/o colectivas, tanto de tratamiento como de intervenciones preventivas: representaría la detección de los tipos de variables que favorecen/dificultan la participación en los programas, que resultan significativas para el seguimiento o no de los tratamientos, variables comprometidas en la mayor o menor adecuación-eficacia de unos tratamientos frente a otros y, en definitiva, aquellos elementos que le permiten al individuo no solamente reaccionar de una u otra manera ante situaciones estresantes sino, además, generar apoyos institucionales o no ante este tipo de acontecimientos.

Al lector avezado en la lectura de bibliografía de la psicología de la salud puede resultarle un tanto sorprendente lo que antecede. Los conceptos que se suelen utilizar en la bibliografía reciente de la psicología de la salud, se encuentran un tanto alejados de todo ello: "bienestar", "calidad de vida", "recursos de afrontamiento o de dominio de situaciones" y "tasas de supervivencia" son, por poner ejemplos representativos, expresiones un tanto alejadas de "personalidad", "rasgos", "contextos personales" y "estructura personal".

A quien esto escribe, sin embargo, le parece que los conceptos se encuentran más alejados en cuanto a expresiones lingüísticas que en cuanto a campo semántico. El acento puede situarse en elementos un tanto distintos (aunque no muy distintos) y hoy se habla de "locus de control" y "autocontrol" frente al tradicional factor "w" de voluntariedad, control personal en la expresión de emociones y responsabilidad personal; se insiste en las "habilidades de afrontamiento de situaciones" con un referente claro a las "habilidades de supervivencia" dentro de uno u otro sistema social; el estrés es entendido de manera diferencial (como estímulo o como respuesta) en función del tipo de problema a estudiar (lo mismo que se hacía hace 30 años) y, en fin, al estudiar la "medicina comportamental", la bibliografía leída ha sugerido al autor la ampliación de la psicología hacia nuevos campos que antes les estaban vedados, pero, no han aparecido novedades en cuanto a maneras de evaluación, criterios de bondad de esta evaluación, procedimientos de conceptualización nuevos, o nuevos modelos desgajados de la tradición; la lectura de la bibliografía referente a infarto, ataque cerebral, rehabilitación de discapacidades motrices y sensoriales, oncología psicosocial, trasplante de órganos, intervenciones en pacientes terminales, etc... , sugiere con fuerza , que se trata de una redenominación, que los autores, que han

trabajado sobre estos temas han llegado a "redescubrir" una serie de conceptos, instrumentación y hasta modelos de funcionamiento, que ya se conocía desde hace una serie de años y que ahora, son "redescubiertos" en el mejor de los casos y, en el más frecuente, reelaborados sin cita (posiblemente porque no se conocen). No estamos en contra de las novedades, al contrario, pero, con el fin de no cansar inútilmente al lector con "novedades" que son, realmente "revivals", bien harían los que se dedican a este campo en leer, entre otras cosas, psicología de la personalidad y no hace falta que sea muy reciente. Sería conveniente que se dieran algunas clases y se concedieran algunos "créditos" al conocimiento de la psicología de la personalidad de los años cuarenta y sesenta de este siglo. Muchas "novedades" dejarían de serlo y, la ganancia en perspectiva y en sentido histórico ayudaría, con toda probabilidad, a un mejor y preciso conocimiento de lo que nos está sucediendo hoy (incluso a nivel de política de publicaciones).

No deseáramos que se entendiera que defendemos una vuelta atrás. Precisamente nuestras preocupaciones se encaminan a evitarla. Existen varias maneras para lograr salir del *impasse* en el que la psicología se encuentra y la exigencia de un conocimiento del pasado y de aprender lo que hace unos años ocurrió, puede servir como acicate para que no se repita otra vez. O, al contrario, para ofrecer modos y maneras de actuación mejoradas que permitan una psicología más seria y científica, más relevante y con mayor eficacia. Y en este punto creemos que el mundo universitario, el mundo académico, posee una responsabilidad indudable, la máxima responsabilidad, aún a riesgo de ser acusado de aguafiestas. El optimismo exacerbado y sin control no ha sido característico, nunca, del desarrollo científico. Ni tan siquiera del buen hacer de la ciencia. En todo caso ese optimismo ingenuo es lo que sería característico del "aprendiz de brujo"; y de eso, también la psicología debe alejarse.